

TODA UNA VIDA PARA RECORDAR

Núria Pradas
✍️



Con solo dieciséis años, Sophie Simmons deja a su familia para ir a Los Ángeles durante la Gran Depresión persiguiendo un sueño: trabajar como dibujante en Disney Studios. Pronto descubrirá, sin embargo, que no es un mundo para mujeres. Y así, entre amores y desamores, encajando los golpes que le da la vida, Sophie luchará hasta el final en medio de una época convulsa que marcará un antes y un después entre los profesionales de la animación de principios del siglo XX.

Toda una vida para recordar es una novela con una protagonista femenina decidida, un entorno histórico fascinante y una lograda mezcla de personajes de ficción y de la vida real.

Para ti, Claudia.
Gracias a ti, muchas cosas han sido posibles.
Esta novela es una de ellas.

Ginger Rogers hizo todo lo que hizo Fred Astaire.
Hacia atrás... y con tacones altos.

BOB THAVES

Abril de 1932
Septiembre de 1934
Persiguiendo un sueño

Cualquiera que desee dedicar cientos de horas y miles de dibujos a hacer algunas películas es bienvenido a formar parte del club.

WINSOR MCCAY

1

Los olvidados

El paisaje desfilaba veloz ante los ojos de Sophie, que lo veía pasar con la cabeza apoyada en la ventanilla del tren.

En el interior del vagón, el aire remoloneaba templado y húmedo.

Cerró los ojos y se dejó acariciar por el sol que entraba lentamente a través del cristal. Al instante, un montón de imágenes relampaguearon en su cerebro. Imágenes de aquel futuro tan deseado que había ido construyendo en sus sueños noche tras noche, durante meses, y que poco a poco se había convertido en una obsesión en la que se estancaban todos sus pensamientos.

Sabía que para alcanzar su objetivo debía renunciar a muchas cosas. Estaba dispuesta a abandonar el cobijo del hogar familiar, los amigos y, en definitiva, la seguridad de la ciudad conocida y amada. La cuna de sus recuerdos.

Evidentemente, había dudado y había tenido miedo. Por supuesto, la incertidumbre la había mantenido en vela muchas noches. Pero había conseguido afrontar las dudas y había exorcizado la incertidumbre y los temores. Y, entonces, un cielo diáfano se había abierto ante ella y había tenido la seguridad de que aquello era lo que quería. Por encima de todo y a toda costa. Estaba dispuesta a cualquier sacrificio, incluso a ese, el primero, el largo viaje de Nueva York a la Costa Oeste. Y es que para llegar a Los Ángeles había que pasar tres largos días, con sus interminables noches, en un tren ruidoso y caluroso, conducido por una locomotora de vapor que lo empolvaba todo.

Sin embargo, Sophie no contaba con lo duras que fueron las semanas previas a su marcha. Y aunque la distancia

que marcaba el ritmo constante del tren hacía trizas los recuerdos y los dejaba atrás, todo lo que había vivido, sobre todo las últimas horas, volvía a su mente y la sumía en una sensación de vacío que se le clavaba en el pecho como un afilado agujijón.

«Estos tiempos infelices exigen la construcción de planes que descansen sobre los olvidados, sobre los desorganizados, unidades indispensables del poder económico; planes como los de 1917, que se construyen de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo, que depositan su fe en el hombre olvidado, en la parte inferior de la pirámide económica...»

Aquella tarde del 7 de abril de 1932, desde Albany, Nueva York, el gobernador del estado y candidato a la presidencia de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, difundía a través de las ondas sonoras un mensaje a la nación. El candidato, a diferencia del actual presidente Hoover, prometía afrontar los retos de la gravísima crisis que afectaba a todos los sectores económicos del país aportando soluciones que pusieran remedio a la trágica situación de las capas socialmente más desfavorecidas, las que estaban sufriendo más en su propia piel el crac económico.

El matrimonio Simmons, fiel a sus costumbres inalterables, estaba sentado —como cada tarde a la misma hora— en la sala de estar de su casa mientras esperaba la llegada de sus hijas para cenar en familia. Como cada tarde, también, Joseph Simmons ocupaba el sillón de orejas situado frente a la chimenea, mientras leía *The New York Times* con el rumor del aparato de radio de fondo, mientras su esposa, Vera, estaba sentada en el sofá de tres plazas colocado de espaldas a la galería, con las agujas de tejer en sus manos.

Los Simmons y sus dos hijas, Elionor y Sophie, vivían en la 74th Street, casi en la esquina con Amsterdam Avenue, en pleno Upper West Side. El edificio formaba parte de una hilera de casas, una típica *townhouse* de piedra marrón, una construcción dominante en el barrio y que, como otras

edificaciones de ese estilo tan común en los barrios históricos de Nueva York, había sido levantada en las primeras décadas del siglo XX para alojar a una creciente clase media.

La casa de los Simmons, en concreto, era una agradable vivienda de estilo anglo-italiano. Como a las casas vecinas, se accedía a la puerta de entrada por una escalera con barandillas de hierro forjado. Debajo de la entrada principal se ubicaba el acceso a un sótano inglés. En la primera planta, donde se abrían grandes ventanas arqueadas, había un amplio vestíbulo del que arrancaba la escalera que conducía a los pisos superiores. A ambos lados de la escalera había dos salas donde, hasta hacía dos años y medio, Joseph Simmons, un médico muy conocido y solicitado entre los vecinos, había tenido su despacho y su consultorio.

Sin duda, la joya de la casa era la galería de hierro fundido que adornaba el gran salón del primer piso. En la sala de la galería, como siempre la habían llamado los Simmons, era donde pasaba más tiempo la familia. Allí estaba la chimenea, el aparato de radio, los cómodos sofás y sillones y las esponjosas alfombras donde durante años se habían reunido para leer, hablar, recibir visitas y celebrar los días especiales. Aquel espacio luminoso era el escenario de la vida familiar y social de los Simmons, que, hasta hacía muy poco, había sido plena y bastante brillante.

Pero todo había cambiado después de que aquel Jueves Negro de aciago recuerdo, el 29 de octubre de 1929, transformara la vida de miles y miles de americanos.

Solo una semana después del crac, en la Bolsa se habían esfumado las ganancias de un año entero. Unas pérdidas que rondaban los dieciocho billones de dólares y que ni la intervención de la banca, ni de los gigantes financieros como los Rockefeller, ni los ánimos que intentaba insuflar a la población el presidente Hoover habían podido detener.

A la primera ola de suicidios de inversores que habían perdido auténticas fortunas en pocas horas le siguió la falta

de créditos. Los acreedores que habían visto cómo se volatilizaban sus inversiones no podían pagar los préstamos y los bancos no podían cobrar. Mermaron las reservas bancarias, y eso repercutió en los pequeños ahorradores y en las empresas más débiles, que empezaron a cerrar en cadena.

Tras el crac de la Bolsa, el doctor Simmons no solo había perdido los ahorros de toda una vida, sino también gran parte de sus pacientes, que ahora acudían a él solo en caso de necesidad extrema. Su actividad profesional había quedado reducida a hacer esporádicas visitas a domicilio y, por esta razón, se había visto obligado a cerrar su consultorio, que solo le comportaba gastos. A partir de entonces, el mundo de Vera Simmons, antes tan deslumbrante, quedó cubierto de repente por una luz mortecina que empapaba su vida de incertidumbre. Y quizá por eso se había guarecido detrás de un sólido muro de indiferencia. Se entrenaba todos los días en el arte de fingir que todo seguía igual y pocas veces expresaba con palabras su amargura. Se había hecho fuerte en aquella sala y hacía lo imposible por conservarla inalterable, inasequible a la decadencia que se anunciaba. Allí, en efecto, nada había cambiado. En el alféizar de la galería, los tiestos con azaleas, peonías y, por supuesto, rosas neoyorquinas perfumaban la sala como lo habían hecho siempre. Como en los mejores tiempos. Y las cortinas de encaje cribaban la luz y distanciaban a Vera de aquel mundo convulso que no entendía.

Joseph había doblado el periódico, que reposaba ahora en su regazo, y tenía toda su atención puesta en lo que decía el gobernador del estado:

«Hay personas que sugieren que un gasto enorme de fondos públicos por parte del Gobierno federal y de los Gobiernos estatales y locales podría resolver completamente el problema del paro. Pero está claro que aunque pudiéramos recaudar miles de millones de dólares e invertirlos en obras públicas, no podríamos dar trabajo a entre siete y diez millones de personas que hoy no lo tienen...».

Y entonces llegó Sophie. Dio la impresión de que el resplandor del sol que se filtraba a través de las cortinas blancas de la galería salía a recibirla. Toda la sala quedó inmersa en una luz rosada como sus mejillas. Le brillaban los ojos.

Joseph apagó la radio.

Sophie estaba a punto de graduarse en la Washington Irving High School. Se había especializado en diseño; la pequeña de los Simmons tenía alma de artista. Lo había demostrado desde niña y en la Washington Irving había destacado por su talento como dibujante. Este hecho llenaba de orgullo a Joseph, que disfrutaba con todo lo que hacía su hija; era su principal admirador. En cambio, había dejado a Vera perturbada.

Vera era una mujer que necesitaba entender las cosas: por qué ocurrían, de dónde venían, adónde conducían... Si las podía prever, mejor que mejor. Para ella era del todo lógico y comprensible que su hija mayor, Elionor, fuera enfermera y trabajara en un hospital. Para eso la había educado: para que tuviera un trabajo serio, útil y práctico con el que ganarse la vida y asegurarse el futuro. ¿Qué podía ser más lógico, más previsible, más cuerdo que el hecho de que la hija de un médico fuera enfermera?

En cambio, lo de Sophie, toda aquella desazón por llenar papeles de monigotes, pasarse tardes enteras en el zoológico observando los animales y dibujándolos, aquello, pensaba, ¿no era una auténtica pérdida de tiempo? Tenía claro que buena parte de la culpa era de su marido, porque siempre había estimulado las fantasías de la chica. Sophie era, con diferencia, la preferida de Joseph, la niña de sus ojos, y aquella obsesión artística que a ella tanto le angustiaba tenía a Joseph prendado y maravillado.

Puestos a repartir responsabilidades, Vera también culpaba a los profesores de la *high school* de las inclinaciones

de Sophie porque, según ella, habían atizado esa rara vocación de su hija. Había uno en especial, Bob Waldman, que según Vera había ejercido una gran influencia en Sophie y había contribuido de manera decisiva a llenarle la cabeza de pájaros. Fue, en parte, gracias al profesor Waldman que su pequeña se había decantado por esa especialización en arte, algo que le resultaba incomprensible.

En ese momento, sin embargo, Sophie parecía del todo ajena a las reflexiones en que andaba enredada su madre y a todas aquellas preguntas que se hacía y para las que no encontraba respuestas. Y es que aquella tarde en que las calles parecían hervir con sueños y sonrisas primaverales, Sophie escondía una bomba a punto de estallar.

—Me voy a Los Ángeles.

Espetó Sophie de golpe, sin saludar ni besar a sus padres, sin ni siquiera quitarse el sombrero.

Sí, lo dijo, y acto seguido sintió que se había quitado un gran peso de encima y respiró aliviada. Sin embargo, sus palabras habían quedado flotando en el aire, como perdidas, y lo habían sumido todo en un gran silencio. Vera, que estaba haciendo calceta, ensimismada en sus cavilaciones, levantó los ojos de la labor y se la quedó acechando tan intensamente que la chica se vio forzada a desviar la mirada. De repente, la mujer dejó la labor encima del sofá. Algunos puntos se escaparon. Aquello era inaudito y no presagiaba nada bueno.

—¿Me puedes repetir lo que acabas de decir? —consiguió preguntar Vera.

Joseph miraba a su hija con ojos curiosos y algo inquietos.

—He dicho que quiero irme a Los Ángeles —repitió Sophie con una vocecita frágil como el cristal. Sin embargo, enseguida pareció recuperar el aplomo y añadió, sonriendo

ilusionada—: ¡He conseguido una beca para el Chouinard Art Institute! Empiezo en septiembre.

Hizo una pausa y se quedó mirando fijamente a sus padres, intentando captar sus reacciones. A Joseph le brillaban los ojos. Los de Vera, en cambio, seguían fríamente clavados en ella.

Como ninguno de los dos decía nada, Sophie creyó oportuno dar alguna explicación más:

—La solicité hace unos meses. El profesor Waldman me animó a hacerlo. Chouinard es la escuela de arte más prestigiosa...

—¿Qué estás diciendo, Sophie? ¿De qué hablas? —la interrumpió Vera con los labios apretados en una mueca de decepción.

—Mamá, es una gran oportunidad, ¿es que no lo entiendes? El Chouinard Art Institute forma tanto a profesionales de las bellas artes como a artistas comerciales. Me dará la formación necesaria para poder entrar a trabajar en unos estudios de animación.

Su voz se quebró un poco mientras la mirada de Vera se le seguía clavando como un taladro.

—Es mi sueño. Quiero ser animadora.

—¿Tu sueño, dices? ¿Es que no has pensado en la situación que se vive en esta casa? —dijo Vera, pronunciando cada sílaba con amargura. Había desviado los ojos hacia su marido, como si él fuera el verdadero culpable del crac de la Bolsa. Después volvió a clavarlos en Sophie, y con una voz más grave, más de acuerdo con aquel doloroso zarpazo que sentía en el centro de su alma, añadió—: ¿Acaso has olvidado que tu padre ha tenido que cerrar el consultorio?

—Vera... —intentó interrumpirla Joseph.

—¿Es que no te das cuenta del esfuerzo que hace tu hermana para contribuir a la economía familiar? —prosiguió, sin atender la súplica de Joseph—. ¿O es que crees que su sueño es pasarse todo el día en un hospital en el otro extremo de la ciudad?

Sophie había perdido hasta la última chispa de coraje. Aun así, hizo de tripas corazón para contrarrestar los argumentos de su madre:

—Ya sé que tendré que trabajar para mantenerme. Cuento con ello, mamá. No pretendo ser una carga para ustedes. Lo tengo todo previsto. He ahorrado dinero de las clases de dibujo que he estado impartiendo este curso. Me basta para el billete y para los primeros días. El profesor Waldman me ha escrito una carta de recomendación. Conoce a un animador de Disney Studios y cree...

—¿El profesor Waldman? ¡Siempre el profesor Waldman! ¿Por qué no se mete en sus asuntos, el profesor Waldman? —levantó la voz Vera mientras se removía en el sofá indignada y se dirigía directamente a su marido, como si Sophie no estuviera allí—: ¿Pero tú la oyes, Joseph? ¿La estás oyendo? ¿No piensas decir nada?

—Yo creo que deberíamos escucharla, Vera.

—Pues yo creo que ya la he escuchado bastante. ¡Tiene diecisiete años, Joseph! Y quiere irse sola a Los Ángeles. ¡Sola! Con los tiempos que corren. ¿Acaso no lo ves? No sabe cómo ganarse la vida. ¡Solo sabe hacer dibujos en un papel! ¡Y quiere cruzar el país para ir a trabajar... a unos estudios!

Vera se calló y una calma de cristal se instaló en la sala. Volvió la cabeza y desvió los ojos hacia la ventana, por donde entraba una luz que, de golpe, se le había vuelto ingrata.

—Siempre he querido dedicarme a la animación, mamá. Para mí, los dibujos animados son magia. Es un arte, mamá. Usted...

—¡Yo nada! Basta de hablar de este tema.

Vera volvió a coger las agujas. Resopló cuando vio los puntos que se habían escapado. Sophie se quedó mirando fijamente a su padre, con una mirada muda de socorro. Él le devolvió un gesto elocuente. Un gesto que pedía paciencia, tiempo y, también, serenidad.

Cuando Elionor entró en la sala, vestida aún con el uniforme de trabajo, se tropezó con aquel muro de espeso silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó, intuyendo que detrás del silencio se ocultaba algo más. Algo, pensó, que debían de haber provocado las excentricidades de su hermana, que tanto exasperaban a su madre.

—¿Qué has hecho ahora? —le preguntó a Sophie con voz agria.

Vera se levantó, y ahora sí, guardó cuidadosamente la labor y anunció:

—Cenaremos dentro de un cuarto de hora. Chicas, id a arreglaros. Elionor, por favor, cámbiate de ropa. Tienes un aspecto horrible.

Elionor se contuvo. Sabía que era inútil discutir con su madre cuando adoptaba ese tono hiriente. Tampoco creía que fuera posible hacerle entender que poco podía hacer por su aspecto tras una dura jornada de trabajo en el hospital y de recorrer media Nueva York en metro para volver a casa entre toda aquella gente que olía a trabajo, a cansancio y, a veces, a miseria.

Se quitó con rabia el casquete redondo, que dejó al descubierto sus rizos rubios, y salió de la sala detrás de Vera.

Joseph se acercó a Sophie, que se había sentado en un sillón con la mirada perdida en los dibujos geométricos de la enorme alfombra que cubría el suelo. La cogió por el codo y, con suavidad, la obligó a levantarse.

—Hija, ¿querrás explicarme lo de la beca después de cenar?

Sophie sonrió y sus ojos grises volvieron a iluminarse, llenos de esperanza.

Fueron más de dos meses de continuas amenazas. De malestar y discusiones. De silencios hirientes que caminaban como sombras junto a Sophie cuando entraba en casa.

De noche, cuando se tumbaba en la cama, exhausta después de haber mantenido aquella perpetua batalla con su madre, las lágrimas se le desbordaban de los ojos sin que intentara ni siquiera controlarlas. Otras veces, con los ojos secos, una rabia roja le hinchaba el corazón y le impedía pensar con claridad.

Vera lo había dejado muy claro: era menor de edad y no se podía ir de casa sin el permiso de sus padres. Si lo hacía, la obligaría a volver. La avergonzaría. Haría lo que fuera necesario para quitarle esa idea de la cabeza.

¡Lo que fuera necesario!

Y su padre parecía haber tirado la toalla.

Hasta que ella comprendió que, de ninguna manera, un sueño como aquel podía ser en vano. Tenía que arriesgarse. Y se dispuso a hacerlo. Aunque las clases en el instituto de arte no empezarían hasta septiembre, Sophie decidió marcharse inmediatamente después de su graduación para poder establecerse en Los Ángeles con tranquilidad y ponerse en contacto con los estudios de animación. Estaba dispuesta a todo para hacer realidad su sueño. Quizá no consiguiera trabajo en unos estudios enseguida, pero tenía dos manos y, si era preciso, podía utilizarlas para lavar platos y servir mesas.

Compró un billete solo de ida con destino a Los Ángeles. El día de su partida salió de casa en silencio, sin despedirse, como una fugitiva. Aún era muy temprano; los rayos de sol más madrugadores apenas empezaban a lamer las calles de la ciudad cuando abandonó el único hogar que había conocido.

Llegó a la Gran Estación Central con mucho tiempo.

Nerviosa.

Había estado vagando por la ciudad con la maleta en una mano y el portafolio con sus trabajos bajo el otro bra-